

CALENDARIO DE ACTIVIDADES DEL 15-03-2026 AL 26-03-2026

Domingo 15-03-2026 – 4.º domingo de Cuaresma, ciclo A

en St. Wolfgang Nürnberg (Friesenstr. 19, 90441 Nürnberg)

10:00 Catequesis de primera comunión.

11:30 Celebración de la santa misa.

en St. Heinrich Erlangen (Möhrendorfer Str. 31 A, 91056 Erlangen)

13:00 Celebración de la santa misa.

Miércoles 18-03-2026

en St. Wolfgang Nürnberg (Friesenstr. 19, 90441 Nürnberg)

19:30 Hora Santa a cargo del grupo Hakuna.

Jueves 19-03-2026

en St. Bonifaz Erlangen (Sieboldstr. 1, 91052 Erlangen)

10:00 Celebración de la santa misa en alemán. A continuación, rezo del santo rosario en español y alemán.

Sábado 21-03-2026

en St. Wolfgang Nürnberg (Friesenstr. 19 A, 90441 Nürnberg)

14:00 Ensayo del coro de adultos debajo del "Kindergarten" de St. Wolfgang.

en Heilig Kreuz Erlangen (Langfeldstr. 36, 91058 Erlangen)

15:30 Rezo del santo rosario para niños/as en alemán.

Domingo 22-03-2026 – 5.º domingo de Cuaresma, ciclo A

en St. Wolfgang Nürnberg (Friesenstr. 19, 90441 Nürnberg)

10:30 Ensayo del coro infantil y juvenil.

11:30 Celebración de la santa misa.

Miércoles 25-03-2026

en St. Wolfgang Nürnberg (Friesenstr. 19, 90441 Nürnberg)

19:30 Hora Santa a cargo del grupo Hakuna.

Jueves 26-03-2026

en St. Bonifaz Erlangen (Sieboldstr. 1, 91052 Erlangen)

10:00 Celebración de la santa misa en alemán. A continuación, rezo del santo rosario en español y alemán.

en Zu den Heiligen Aposteln Büchenbach (Odenwaldallee 32, 91056 Erlangen)

16:00 Catequesis familiar. Información: cristina@wawerek-online.de



MISIÓN CATÓLICA DE LENGUA ESPAÑOLA DE NÜRNBERG
SEDE JUNTO A LA IGLESIA DE ST. WOLFGANG
Friesenstr. 17, 90441 Nürnberg
Tel. 0911 614031
email: marta.vives-marin@erzbistum-bamberg.de
www.misioncatolica.com

Confesiones: domingos después de la misa.
Horario de oficina y atención telefónica:
jueves de 15:00 a 18:00 h y viernes de 10:00 a 12:00 h





Misión Católica de Lengua Española
— NÜRNBERG —
Katholische Spanischsprachige Mission



15 de marzo de 2026 - Nr. 110

4.º domingo de Cuaresma - ciclo A

Lectura del primer libro de Samuel 16, 1b. 6-7. 10-13a

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel: «Llena tu cuerno de aceite y ponte en camino. Te envío a casa de Jesé, el de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí».

Cuando llegó, vio a Eliab y se dijo: «Seguro que está su ungido ante el Señor».

Pero el Señor dijo a Samuel: «No te fijas en su apariencia ni en lo elevado de su estatura, porque lo he descartado. No se trata de lo que vea el hombre. Pues el hombre mira a los ojos, mas el Señor mira el corazón».

Jesé presentó a sus siete hijos ante Samuel. Pero Samuel dijo a Jesé: «El Señor no ha elegido a estos».

Entonces Samuel preguntó a Jesé: «¿No hay más muchachos?».

Y le respondió: «Todavía queda el menor, que está pastoreando el rebaño».

Samuel le dijo: «Manda a buscarlo, porque no nos sentaremos a la mesa mientras no venga».

Jesé mandó a por él y lo hizo venir. Era rubio, de hermosos ojos y buena presencia.

El Señor dijo a Samuel: «Levántate y úngelo de parte del Señor, pues es este».

Samuel cogió el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y el espíritu del Señor vino sobre David desde aquel día en adelante.

Palabra de Dios.

Salmo responsorial: Sal 22, 1b-3a. 3b-4. 5. 6

R. El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor, nada de falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas. **R.**

Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. **R.**

Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. **R.**

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término. **R.**

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 5, 8-14

Hermanos:

Antes erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor.

Vivid como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Buscad lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien denunciándolas.

Pues da vergüenza decir las cosas que ellos hacen a ocultas.

Pero, al denunciarlas, la luz las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz.

Por eso dice:

«Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te alumbrará».

Palabra de Dios.

Versículo antes del Evangelio: Jn 8, 12b

Yo soy la luz del mundo —dice el Señor—; el que me sigue tendrá la luz de la vida.

Él fue, se lavó, y volvió con vista.

Lectura del santo Evangelio según san Juan 9, 1-41

En aquel tiempo, al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó, este o sus padres, para que naciera ciego?». Jesús contestó: «Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado; viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo». Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros decían: «No es él, pero se le parece». Él respondía: «Soy yo».

Y le preguntaban: «¿Y cómo se te han abierto los ojos?».

Él contestó: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver».

Le preguntaron: «¿Dónde está él?». Contestó: «No lo sé».

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.

Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo».

Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado».

Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?».

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?».

Él contestó: «Que es un profeta».

Pero los judíos no se creyeron que aquel había sido ciego y que había comenzado a ver, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: «¿Es este vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?».

Sus padres contestaron: «Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos; y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse».

Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos; porque los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por el Mesías. Por eso sus padres dijeron: «Ya es mayor, preguntádselo a él».

Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: «Da gloria a Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador».

Contestó él: «Si es un pecador, no lo sé; solo sé que yo era ciego y ahora veo».

Le preguntan de nuevo: «¿Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?».

Les contestó: «Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso; ¿para qué queréis oírlo otra vez?, ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?».

Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: «Discípulo de ese lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ese no sabemos de dónde viene».

Replicó él: «Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene, y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es piadoso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si este no viniera de Dios, no tendría ningún poder».

Le replicaron: «Has nacido completamente empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?». Y lo expulsaron.

Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?».

Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?».

Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es».

Él dijo: «Creo, Señor». Y se prostró ante él.

Dijo Jesús: «Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos».

Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: «¿También nosotros estamos ciegos?».

Jesús les contestó: «Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís “veamos”, vuestro pecado permanece».

Palabra del Señor

De las apariencias a la luz del corazón



La Palabra de este domingo nos invita a dejarnos mirar por Dios. En la unción de David, el Señor revela que su mirada penetra más allá de lo visible y alcanza el corazón: “el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón” (1 Sam 16,7). Mientras los hombres se detienen en lo externo, Dios reconoce la verdad interior, aquello que nadie más ve. Esta mirada divina no humilla, sino que despierta lo que está dormido y llama a la vida lo que parecía insignificante (1 Sam 16,10-13).

El Salmo 23 nos asegura que esta mirada viene acompañada de una presencia fiel. “El Señor es mi pastor, nada me falta” (Sal 23,1): Él guía, sostiene y acompaña incluso en los valles de sombra. Su luz no elimina las dificultades, pero transforma la manera de atravesarlas. “Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo” (Sal 23,4). La confianza nace cuando descubrimos que no caminamos solos, que una mano invisible nos conduce hacia fuentes de descanso y nos unge con dignidad nueva (Sal 23,2.5).

El Evangelio del ciego de nacimiento nos introduce en un camino interior profundo (Jn 9,1-41). Jesús se acerca a un hombre que no lo busca, lo toca con un gesto creador y lo envía a lavarse en Siloé (Jn 9,6-7). La curación no es inmediata: requiere ponerse en camino, obedecer sin ver, avanzar sostenido únicamente por la palabra recibida. Así es la fe: un paso hacia la luz que todavía no se contempla, pero que ya comienza a transformar.

El barro sobre los ojos recuerda que Dios trabaja con nuestra fragilidad (Jn 9,6). No rehúye nuestra tierra, sino que la toma entre sus manos para recrearla. La luz no llega como un destello repentino, sino como un proceso que abre lentamente la mirada. El ciego pasa de reconocer a “ese hombre que se llama Jesús” (Jn 9,11), a confesar que es profeta (Jn 9,17), a afirmar que “viene de Dios” (Jn 9,33), hasta postrarse diciendo: “Creo, Señor” (Jn 9,38). Cada paso es un despertar, una claridad nueva que brota de la humildad.

Al mismo tiempo, el Evangelio revela otra forma de ceguera: la de quienes creen ver. Los fariseos no pueden acoger la obra de Dios porque su corazón está cerrado por el juicio, la seguridad y el orgullo (Jn 9,16.24.34). Esta actitud no pertenece solo al pasado. También hoy podemos caer en un fariseísmo cotidiano: en la Iglesia, cuando la norma pesa más que la misericordia; en la familia, cuando creemos tener siempre la razón y no escuchamos; en la sociedad, cuando juzgamos rápido y comprendemos lento. La palabra de Jesús resuena con fuerza: “Porque decís: ‘vemos’, vuestro pecado permanece” (Jn 9,41).

La expulsión del ciego se convierte en el umbral del encuentro definitivo: “lo echaron fuera” (Jn 9,34), pero Jesús “al oír que lo habían echado fuera, lo encontró” (Jn 9,35). Cuando el mundo lo rechaza, Cristo lo busca. Cuando pierde un lugar, encuentra un rostro. La verdadera luz no es una idea, sino una presencia que sale a nuestro encuentro cuando todo parece oscuro. La fe culmina en la adoración: “Creo, Señor” (Jn 9,38). Allí donde la mirada se abre, el corazón se inclina.

La Cuaresma es tiempo para dejarnos tocar por esta luz. No se trata de ver más, sino de ver mejor; no de acumular certezas, sino de permitir que Cristo rehaga nuestra mirada. Él nos conduce como Pastor (Sal 23,1-3), nos unge como a David (1 Sam 16,13) y nos ilumina como al ciego (Jn 9,7). Su luz no humilla: revela, sana y transforma. Basta reconocer nuestra necesidad para que las obras de Dios comiencen a manifestarse también en nosotros (Jn 9,3).

“Si realmente fuerais ciegos, no seríais culpables de pecado; pero ahora, como afirmáis que podéis ver, vuestro pecado permanece.”

La culpa no viene de no saber, sino de decir que uno sabe y aun así rechazar la verdad.